

# COMUNIDAD DE PECADORES - VIVIENDO DE LA GRACIA<sup>1</sup>

*Aquinata Böckmann, OSB<sup>2</sup>*

El título de este artículo nos puede sorprender, pero vale la pena adentrarnos en el tema. Vamos a ahondar en el aspecto del pecado en la comunidad y de allí pasaremos a considerar la gracia. Tal vez a veces nuestra mente se llena de pensamientos como los siguientes: “Si la Hermana X fuera más sincera...entonces...”. “Si la Hermana Y dominara su carácter...entonces...”. “Si la Hermana Z fuera un poco más trabajadora...entonces...todo andaría mejor”. Estos pensamientos están formulados en lenguaje condicional. Si estas hipótesis formaran la base de nuestra vida mística o espiritual, estaríamos construyendo sobre las nubes.

Quiero hacer dos observaciones iniciales: una de nuestro tiempo y otra del siglo VI.

Dietrich Bonhoeffer<sup>3</sup>, en su libro, “*Vida en comunidad*”, afirma que un sin-número de veces una comunidad cristiana entera se ha desmoronado porque

---

1 *Community of Sinners – Living by grace*. Traducción de Patricia Henry, osb, Monasterio Pan de Vida, Torreón, Coahuila, México. Cf. <http://osbtutzing.org/Materials/Articles/Sinners-2compecengl.pdf>.

2 Hermana benedictina misionera (Congregación de Tutzing). Profesó en 1962. Desde 1973, Profesora en San Anselmo (Roma) y en el Instituto Monástico de esa casa de estudios desde 1975. Ha publicado numerosos artículos y dictado varios cursos sobre la *RB* y su espiritualidad.

3 Dietrich BONHOEFFER (1906 – 1945) fue un líder religioso alemán que participó en el movimiento de resistencia contra el nazismo. Bonhoeffer, pastor y teólogo luterano, fue arrestado y encarcelado. Mientras estaba preso fue acusado de haber formado parte en los complots planeados para asesinar a Adolf Hitler y por esa razón fue ahorcado el 9 de abril de 1945.

ha nacido de un deseo-sueño. La persona cristiana seria, que se encuentra por primera vez en una comunidad cristiana, probablemente tenga una idea muy definida de cómo debe de ser la vida cristiana en comunidad y tratará de vivir de tal manera que pueda realizar esa visión. Sin embargo, la gracia divina se encarga rápidamente de quebrantar tales sueños. Tan ciertamente como que Dios desea llevarnos al conocimiento genuino de la hermandad cristiana, con esa misma certeza tenemos que ser abrumados por una enorme desilusión de los demás, de los cristianos en general, de los de nuestra comunidad en particular y, si somos afortunados, de nosotros mismos. Por pura gracia, Dios no permitirá que vivamos en un mundo ilusorio ni siquiera por un período corto. Solo aquella hermandad que confronta su desilusión con todos los aspectos feos e infelices de quienes la conforman, comenzará a ser lo que Dios la llama a ser. Cuanto más pronto llega el choque de la desilusión a una persona y a una comunidad, será mejor para ambas. Cada sueño-deseo humano es un obstáculo para la comunidad genuina y ha de ser desterrado para que pueda sobrevivir la comunidad auténtica.

Cuando aterrizamos, la gracia de Dios puede formar y transformar la tierra misma de nuestra comunidad y de nuestra persona. Cuando tenemos la libertad para ver la realidad del pecado y la miseria –de los demás y de nosotros mismos– vivimos con gratitud por toda la obra divina que palpamos en los otros y en la comunidad. Así vivimos en gracia, en perdón y en continua acción de gracias.

La Iglesia del Concilio Vaticano II ha enfatizado pensamientos parecidos a los de Bonhoeffer. Ha hablado de la gente pecadora dentro de la Iglesia. Señala que es una iglesia que, siendo al mismo tiempo “santa y necesitada de purificación, avanza por los senderos de la penitencia y la renovación” (*Lumen Gentium* 8). Es fácil señalar sus muchos pecados y debilidades y criticarlos; pero resulta más difícil, a la hora de las desilusiones, mirar hacia adentro y reconocer que los errores que ridiculizamos y condenamos en las otras personas, se encuentran dentro de nuestro propio ser, como semillas o ya en flor.

¿Cómo fueron las comunidades de Benito y cuál es su opinión respecto al pecado en sus miembros? Conviene asomarnos brevemente al ambiente del siglo VI y la actitud de esa época hacia la gente pecadora y su necesidad de penitencia. Estaba en crisis la forma de practicar la penitencia pública por los pecados graves. Al mirar la severidad de las mismas y las posibles consecuencias, que podían durar para toda la vida, pasaron a primer plano otras formas de penitencia, por ejemplo

hacer un voto de conversión o entrar a un monasterio. Hay un párrafo interesante en la *Regla de los Cuatro Padres* (14,18f) que dice que la comunidad monástica acoge a un sacerdote solo si está herido por el pecado, para que pueda ser sanado en el monasterio por “la medicina de la humildad”. Podemos presuponer que en el monasterio de Benito se aceptaba a personas que tenían que hacer penitencia por pecados graves. En el capítulo sobre la recepción de hermanos (*RB* 58), Benito nos da los criterios siguientes para discernir la vocación:

- si verdaderamente busca a Dios,
- si tiene celo por el Oficio Divino,
- si es obediente y realiza los servicios sencillos de la casa.

En dos ocasiones Benito utiliza la palabra “convertirse” al referirse a la entrada al monasterio, y según su conversión, los hermanos ocupan su lugar en el rango (*RB* 63,7; cf. *RB* 2,18).

## 1. Comunidad de pecadores según la *RB*

La idea de la comunidad como un grupo de gente pecadora es importante en la *Regla de Benito*. Supongo que esta característica explica en parte la influencia que ha tenido la *Regla* a lo largo de los siglos:

- por una parte manifiesta el ideal,
- por otra, está anclada en la tierra, contempla todas las posibles debilidades y no ignora ni se escandaliza por los muchos pecados de quienes se encuentran en las comunidades monásticas.

No es realista suponer que una persona se convertirá a fondo el día de su entrada a la comunidad y que permanecerá en esa conversión profunda a lo largo de toda la vida. La realidad, más bien, revela un avance paulatino en la santidad, con caídas y retrocesos, aun después de la profesión perpetua.

Vale la pena recordar y confrontar las múltiples facetas de la miseria humana. Evagrio y Casiano nos han dejado la doctrina tradicional al respecto:

### 1.1. Los vicios que brotan del impulso y los instintos

1.1.1. *La glotonería.* Benito subraya que los monjes no deben ser adictos al vino ni a comer en exceso.

En los capítulos 39-40 insiste que hay que evitar el exceso, porque la falta de moderación no va de acuerdo con la vida cristiana y la borrachera hace caer aun a los sabios (*RB* 38,8; 40,7).

1.1.2. *La fornicación y el dejarse dominar por el impulso sexual.* Es de notar que Benito no trata el tema directamente como lo hace la *Regla del Maestro*<sup>4</sup>. Trata de este vicio cuando habla de no cometer adulterio ni gratificar los deseos de la carne (*RB* 4,59 y *RB* 7,12). Cuando la *Regla del Maestro* habla de huir de los placeres, Benito dice “no abrazar los placeres”. ¿Podemos concluir que Benito tiene una actitud más tranquila hacia estos impulsos, sin tenerles tanto miedo? En *RB* 22 prescribe arreglos especiales para las camas, colocando las de los mayores en medio de las de los jóvenes. Pide que se deje una lámpara encendida durante toda la noche; que los monjes usen ropa para dormir. Todo esto probablemente es para prevenir las tentaciones sexuales. Parece que en su comunidad se esfuerza por evitar la vergüenza relacionada con el impulso sexual, eliminando las bromas ambiguas, frivolidades y risas excesivas que nos llevan a perder el control personal.

1.1.3 *La avaricia* parece haber estado muy presente en los monasterios de Benito. No robar está casi al principio de los Instrumentos de la Buenas Obras (*RB* 4,59). Benito se esfuerza por motivar a sus monjes para que tengan todas las cosas en común, pidan solo lo que necesitan, no escondan cosas en sus camas (*RB* 55,16). En el capítulo sobre la propiedad privada se nota un tono severo: “Si se sorprende a alguno que se complace en este pésimo vicio, amonesteselo una y otra vez, y si no se enmienda, sométaselo a la corrección” (*RB* 33,7-8). Benito recuerda al mayordomo que no debe ser avaro ni pródigo, ni malgastar los bienes del monasterio (*RB* 31,12); y los hermanos que venden los productos del

---

4 La *Regla del Maestro* fue escrita probablemente dos o tres décadas antes que la *Regla de Benito*. La menciona Benito de Aniano en la *Concordia regularum* que él hizo en el siglo IX. Esta *Regla* contiene reflexiones teológicas y espirituales para fundamentar sus normas. La *RM* es tres veces más larga que la *Regla de Benito*. Aunque haya influido en la *RB*, Benito eliminó muchos pasajes y adaptó otros, dando más énfasis al amor en la comunidad y a una visión más positiva de la naturaleza humana. No hay datos históricos que indiquen que la *Regla del Maestro* se haya seguido en algún monasterio en particular.

monasterio no han de ceder al vicio de la avaricia (RB57,7). Según Casiano, una de las consecuencias de ese mal es la falsedad y el fraude. Benito repite una y otra vez la importancia de no caer en ello.

## 1.2 *Los vicios que brotan de las emociones*

1.2.1. *La Ira.* En los Instrumentos de las Buenas Obras leemos: “No ceder a la ira; no guardar rencor; no tener dolo en el corazón, no dar paz falsa” (RB 4, 22-25). Aquí de nuevo Benito refleja una actitud más tranquila que Casiano: el vicio comienza si hacemos lo que nos sugiere la ira (RB 4,22). Si guardamos rencor (RB 4,23); si dirigimos nuestro enojo en contra de los ancianos o los niños (RB 70,6) o si los jóvenes irritan a los mayores (RB 71,7), entonces hay consecuencias negativas. Si nos dejamos llevar por la ira, siguen los gritos (7,60), la venganza, las injurias, las maldiciones, el odio (RB 4,29-32; RB 65-67).

1.2.2 *La tristeza.* Para Benito este vicio se expresa de manera especial en la amargura (ver RB 72,1), en el descontento y la insatisfacción. Al mayordomo, que se responsabiliza de los bienes materiales del monasterio, Benito le indica que no debe hacer nada que entristezca a los hermanos (RB 31,6). En el capítulo 34 Benito subraya la importancia de dar a cada persona lo que necesita, para evitar la tentación de la murmuración y poder vivir en paz (RB 34).

Para Benito, el desaliento y la desesperación suelen ser consecuencias de la tristeza y la murmuración. Él no puede ser tan radical en la vida ascética como quisiera, a causa de los temerosos. Está la tentación de desesperar de la misericordia divina (RB 4,74), y parece que Benito ha tenido la experiencia (en contraste con la RM) de monjes que han llegado a escapar y huir de la vida monástica (RB 64,18; 48,24; Prol 47-48) cuando se han sentido sobrecargados.

Mientras que Casiano asocia la murmuración con el orgullo, Benito la asocia con el exceso de trabajo o el sentirse agobiado: “Los semaneros recibirán una hora antes de la comida, un poco de vino y de pan sobre la porción que les corresponde, para que a la hora de la refección sirvan a sus hermanos sin murmuración y sin grave molestia” (RB 35,12-13). En el capítulo sobre el horario de la comida, se indica que el abad “debe suavizar y disponer todas las cosas de modo que las almas se salven, y que los hermanos hagan lo que hacen sin justa murmuración” (RB 41,5). A quienes trabajan en la hospedería, “si es necesario, se

les proporcionará ayudantes para que sirvan sin murmuración” (RB 53,18).

*1.2.3 Acedia.* Esta palabra aparece una sola vez en la *Regla*<sup>5</sup>, pero es una realidad que se presenta con cierta frecuencia a lo largo de los capítulos. Según RB y otros autores monásticos, podemos apreciar dos formas (aparentemente diferentes) de acedia<sup>6</sup>. Una es la ociosidad, la pereza, la flojera, la apatía (“*otiositas*”<sup>7</sup>, “*somnulentia*”<sup>8</sup> y “*pigritia*”<sup>9</sup>). Esta ociosidad es enemiga del alma (RB 48,1). Otra forma de acedia tiene que ver con la distracción, la desocupación y la frivolidad. Hay personas que se la pasan bromeando, interrumpiendo a los demás y buscando excusas para andar vagando y enterándose de los chismes dentro y fuera del monasterio (RB 66,1; 67,5-6).

Benito anima a sus monjes a evitar ser perezosos y dormilones (RB 4,37-38). Parece que sus monjes se quejaban del exceso de trabajo (RB 48,7-9) y a veces eran negligentes y flojeaban durante el tiempo de la *lectio* (RB 48,23) o si llegaban tarde a la Liturgia se volvían a la cama o se quedaban afuera charlando con otros (RB 43,8).

En general Benito encuentra cierta tibieza y negligencia en sus monjes (RB 18,24; 22,8; 73,7).

### *1.3 Vicios de la mente: vanagloria y orgullo.*

Estos dos últimos vicios son los más terribles y se alimentan hasta de las virtudes. Hay que pedir a Dios que nos proteja del espíritu de vanidad (RB 38,2). Encontramos mucha vanidad en la comunidad de Benito. Una persona se siente superior a la otra y se vuelve arrogante, sobre todo si se le da alguna responsabilidad (RB 49,8; 57,2; 62,11, etc.) Benito pide a sus monjes que huyan de la vanidad (RB 4,69). Todas las personas pueden caer en este vicio, sobre todo

---

5 El capítulo sobre el Trabajo Manual dice, “Vean si acaso no hay algún hermano perezoso (*frater acediosus*), que se entrega al ocio y a la charla, que no atiende a la lectura, y que no solo no saca ningún provecho para sí, sino que aun distrae a los demás” (RB 48,18).

6 Un autor la define como la incapacidad de alegrarse con Dios y en Dios.

7 RB 48,1.

8 RB 4,37.

9 RB 4,38.

quienes tienen algún oficio especial (RB 31; 62; 65). Una de las consecuencias de ello es la conducta presumida. Para Benito la presunción es la vanidad en acción. Utiliza la palabra 28 veces y la mayoría de las veces en el sentido de una persona que se atribuye para sí el poder, la autoridad o las cosas. Por lo visto tuvo bastante dificultad con este tipo de personas, que causan muchos problemas en la comunidad.

Benito considera las consecuencias desastrosas para la vida comunitaria, por ejemplo en las semillas de discordia que van brotando; en un mayordomo agitado y ofensivo que rechaza las peticiones de sus hermanos con desprecio (RB 31, 1,7); en “las envidias, riñas, detracciones, rivalidades, disensiones y desórdenes” que describe en el capítulo 65,7. Podríamos recorrer toda la *Regla* y encontrar elementos innumerables del pecado que hacen pesada la vida comunitaria, a tal punto que a veces nos parece imposible. Incluso un abad o una priora pueden caer víctimas de “la llama de envidia o celos” (RB 65,22).

O puede ser que la comunidad no quiera escuchar la voluntad divina y, “lo que Dios no permita, elige de común acuerdo a uno que sea tolerante con sus vicios” (RB 64,3).

El vocabulario del pecado es rico y variado en la *Regla de Benito*: maldad, culpa, pecado, vicio, etc. Las medidas para crear un poco de orden en medio del caos, fallan una y otra vez, porque parece que la comunidad está infectada de vicios y de sus consecuencias. Una y otra vez Benito llama a sus monjes a la conversión, pero sus esfuerzos parecen no dar resultado. Es característico de Benito pensar que su época y sus monjes están en decadencia y que su *Regla* es muy pequeña, solo un principio modesto en el camino de la conversión (RB 73,8). Lo que es significativo es que habla de estos temas en primera persona plural... “Nosotros, perezosos, licenciosos, negligentes, tibios” (ver RB 73,7; 18,25; 40,4; 49,1-5). Benito no se separa de sus monjes negligentes y pecadores, sino que se sabe íntimamente ligado a ellos y con ellos camina por el sendero del Evangelio que lleva a “todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12; Prol. 21).

## 2. La respuesta que dan dos legisladores a la realidad del pecado

### 2.1 *Luchar en contra del mal esperando la Gloria eterna*

2.1.1 *La Regla del Maestro* se caracteriza por la lucha, pero también por una voluntad férrea de realizar, por decirlo de alguna manera, el Reino de Dios aquí, en su comunidad. Su *Regla* termina afirmando que la puerta del monasterio siempre debe de estar cerrada para que los hermanos estén adentro, encerrados con su Señor, en un ambiente celestial, lejos del mundo (*RM* 95,22-23). Esto suena muy pacífico. Sin embargo toda la *Regla del Maestro* nos pinta un retrato del demonio dominando el mundo. El Maestro parece estar obsesionado, con miedo al maligno que siempre anda queriendo meter su pie en el monasterio por todos los medios posibles, sobre todo entrando cautelosamente por los pensamientos y la voluntad egoísta de los monjes. El Maestro considera la vida ascética como una lucha para defenderse del demonio. Los decanos deben controlar incesantemente estas esferas de la vida monástica para poder bloquear todas las tentaciones desde su inicio. No solo hay que controlar las áreas de tentación sino también enfrentarlas para que se desvanezcan y mueran.

Para el Maestro el monasterio parece ser una prisión oscura en la cual los monjes tienen que sufrir para poder después disfrutar de todos los gozos de la vida eterna. La *RM* tiende a atribuir el mal que hay en el monje en gran parte al diablo. En *RM* 90,44-45 los monjes alaban a Dios por los años en los que experimentaron días difíciles. De esa manera el fuego del infierno no encontrará en ellos nada que pueda llevar consigo, porque el diablo, que está quemándose allí, no logró ninguno de sus planes en ellos.

Para el Maestro el pecado está ubicado principalmente en la carne, en el cuerpo y en la voluntad egoísta. El espíritu necesita luchar en contra de la carne en una pugna rigurosa que involucra al demonio, al pecado y al cuerpo. El monasterio es un lugar en donde debemos vivir el martirio; en el cielo tendremos el gozo. En dos ocasiones *RM* describe el paraíso como una tierra que mana leche y miel (*RM* 3,84-94; 10,92-102). Estas son las perspectivas que dan esperanza en los tiempos de oscuridad. *RM* dedica mucha energía a la eliminación de todo el mal y de cada pecado. Hace todo el esfuerzo posible para que los monjes lleguen a ser espirituales. Según *RM*, si seguimos en la lucha contra el mal, abrazando todo tipo de restricción y disciplina, podemos asegurarnos el gozo celestial. El monasterio se orienta hacia esa meta.



En síntesis, podemos formular la visión del Maestro de la siguiente manera: la realidad de ser personas pecadoras nos desafía a asumir una fuerte lucha ascética. Nuestra esperanza está puesta en la vida eterna, después de un intenso combate espiritual, tanto individual como comunitario.

2.1.2 *San Benito* se distingue y se distancia en varios aspectos del Maestro. Benito no subraya tanto los gozos del cielo; limita el vocabulario acerca del demonio y reduce la lucha a una medida más moderada. En algunos textos que Benito toma de la *RM* elimina la mención del demonio. Él conoce esta oscura realidad y la describe, por ejemplo en Prólogo 28, cuando nos habla de la persona que “responde a Dios apartando la mirada del corazón del maligno diablo tentador y a la misma tentación, aniquilándola, y tomando sus nacientes pensamientos para estrellarlos contra Cristo”. Pero Benito no está obsesionado con el demonio, ni le tiene tanto miedo. En él encontramos una actitud más tranquila y serena. También pone más énfasis en la responsabilidad humana y subraya más la realidad de la gracia. Cuando habla de las tentaciones demuestra prudencia y cuidado, junto con la confianza en la gracia divina

## 2.2 *Los Códigos y las Fórmulas para la Corrección.*

En la segunda parte de las *Reglas*, tanto del Maestro como de Benito, se encuentran los detalles de la vida cotidiana con sus indicaciones para mantener el orden y la disciplina. Allí es donde encontramos los códigos para la corrección (*RB* 23-30; *RM* 12-15). Tanto Benito como el Maestro contaban con la realidad de estar legislando para gente pecadora y de cabeza dura. Esto se palpa en frases como la siguiente: “Si algún hermano es terco, desobediente, soberbio o murmurador, o contradice despreciativamente la Santa *Regla* en algún punto, o los preceptos de sus mayores...” (*RB* 23,1). Después de esta descripción Benito propone un procedimiento con admoniciones y medidas graduales para la corrección<sup>10</sup>, terminando con la excomunión temporal de la mesa y la oración comunitaria, y el castigo corporal para poder sanar al hermano<sup>11</sup>. Pero se puede dar el caso de un hermano terco y obstinado que está induciendo a otros hermanos a la resistencia y así está poniendo en riesgo a toda la comunidad. En ese caso cabe la posibilidad

---

10 Ver también *Mt* 18,15-18.

11 Hoy en día no se utiliza la excomunión ni el castigo corporal. La primera pierde mucho de su significado en una sociedad individualista y el segundo ya no es apropiado.

de cortar la relación con él: “Mas si no sana ni con este medio, use ya entonces el abad del hierro de la amputación, como dice el Apóstol: *Arranquen al malo de entre ustedes*. Y en otro lugar: *El infiel, si se va que se vaya, no sea que una oveja enferma contagie todo el rebaño*”. (RB 28, 6-7).

El Maestro también consideraba esta posibilidad.

Una vez más Benito se distingue y se distancia del código del Maestro. Es más sobrio y abandona los discursos exagerados, los rituales y las humillaciones. Es más pedagógico y no exige, esquemáticamente y a toda costa, la conversión después de tres días. Pone las reglas para la satisfacción por las faltas graves en otra sección (RB 44) y deja tiempo para que la persona que ha pecado pueda tener una conversión real.

Sí, es cierto que Benito está tratando con una comunidad de pecadores, y pone todo de su parte para lograr la corrección. Sin embargo, puede suceder que los esfuerzos no den fruto, no produzcan nada. En ese caso “todos los hermanos hacen oración para que Dios, que todo lo puede, logre la salud del hermano enfermo” (RB 28,5). Esta es una expresión muy fuerte de la confianza que tiene Benito en el poder de la gracia divina para las situaciones de pecado. Cristo (*Dominus*) es quien nos salva y nos redime de nuestros pecados. Esta convicción fuerte es propia de Benito y lo distingue del Maestro.

Otra diferencia se encuentra en el capítulo 27 de la *Regla de Benito*, que lleva por título “Con qué solicitud debe el Abad cuidar de los excomulgados”. Este capítulo espiritual ofrece un nuevo directorio para el abad en el contexto del código de correcciones y parece ser el fruto de la experiencia de vida de Benito. Apunta a Cristo desde el principio hasta el final. “Cuide el abad con la mayor solicitud de los hermanos culpables, porque *no necesitan médico las personas sanas, sino las enfermas (Mt 9,12 en RB 27,1)*”. Cristo viene como un médico para la gente enferma, viene para la gente pecadora y para quienes necesitan de la conversión, de modo que una comunidad llena de gente pecadora, como la pinta Benito, necesita a Cristo con urgencia. Podríamos decir que todas las cosas miserables que están sucediendo en la comunidad no son un obstáculo sino, al contrario, una razón para que Cristo venga de manera especial, y esto es causa de esperanza.

Al final del capítulo 27, Benito dice que el Abad debe imitar el ejemplo del buen Pastor que fue detrás de la oveja perdida. Benito agrega algunos detalles

al texto bíblico: “se dignó cargarla sobre sus sagrados hombros”. Es el Cristo resucitado y divino, que se compadece de nuestras debilidades (cf. *Hb* 4,15). Aquí la santidad divina aparece como compasión y misericordia, al acoger la fragilidad humana. Otra característica se percibe en la frase, “vuelve la oveja al rebaño” (*RB* 27,9). Todo esto nos enseña que Benito, confrontado con la realidad del pecado de sus hermanos, sirve como mediador de Cristo en forma existencial y recibe de Cristo la enseñanza que necesita para manejar esta realidad en forma cristiana. Parece ser que este capítulo se agregó tardíamente al código de correcciones.

Pero a veces parece que Benito se enoja, y podemos comprenderlo con facilidad. A lo largo de los años, al escribir la *Regla* y experimentar la vida en comunidad, agrega muchas fórmulas de corrección, aun más que el Maestro. Quiere enseñar una vida cristiana radical, pero una y otra vez se encuentra con fallas. Ya en el capítulo 28,6-8, había previsto la posibilidad de tener que despedir a un hermano. Lo menciona otra vez explícitamente hacia el final de la *Regla* en tres ocasiones. Al final de su vida Benito contaba más con esa triste realidad de tener que separar a un hermano, para que no se contaminara todo el rebaño. Es cierto que es una comunidad de pecadores, pero no deben contagiarse unos a otros. Si se contaminan se fortalece el mal y puede llevar a la ruina a toda la comunidad. Así que Benito se vuelve más realista. Tiene que poner límites, pero dentro de estos límites se vuelve más pastoral (*RB* 27) y manifiesta gran confianza en la gracia divina. El monasterio parece más un hospital que un instituto de perfección. La vida monástica nos invita a la conversión y a la sanación, pero si el paciente tiene una enfermedad contagiosa, no respeta las reglas y daña a los demás, entonces no hay que seguir tolerando el daño que está haciendo.

### 2.3. La Respuesta de las dos Reglas

El capítulo 7 sobre la humildad concluye la primera parte de la *Regla de Benito*. Aun antes del capítulo 7, algunos textos de la *Regla* parecen dirigirse especialmente a los pecadores, por ejemplo *RB* 4, 57-58 que dice: “Confesar diariamente a Dios en la oración, con lágrimas y gemidos, las culpas pasadas; enmendarse en adelante de esas mismas faltas”. Además encontramos dos citas bíblicas en el *Prólogo* 37-38: “El Apóstol, en efecto, dice: *¿No sabes que la paciencia de Dios te invita al arrepentimiento?* Pues el piadoso Señor dice: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*” (*Rm* 2,4; *Ez* 33,11).

En este contexto vamos a pasar al capítulo 7 sobre la humildad. Si tomamos

como punto de partida el vocabulario del pecado, veremos que este vocabulario aparece principalmente en tres de los grados de humildad: el primero, el quinto y el último. El cuarto grado menciona las cosas malas que nos pasan y los agravios concretos.

El primer grado tiene que ver con evitar el pecado. En el cuarto grado experimentamos en carne propia lo que es vivir en una comunidad de pecadores. ¡Aquí esos pecadores son los demás! Leemos acerca del trato y las condiciones injustas, las contradicciones, las pruebas, las trampas, las aflicciones, las dificultades, hasta la muerte; se habla incluso de la persecución, la gente falsa y las maldiciones. Es difícil imaginar una comunidad peor. Pero luego sigue el quinto grado, en el cual el monje habla por primera vez de sus propios pecados (*RB* 7,44-48). Ya no señala con el dedo a quienes están a su alrededor, sino a sí mismo: “Yo tengo pecados, es cierto”. Deja de juzgar a los demás y desciende al “*humus*”, a la tierra, el lodo de su propio corazón. Aceptar la propia miseria es dar un paso adelante. Cuando hemos tratado seriamente de evitar el pecado, podemos caer en el fariseísmo y exigir la pureza y la virtud a los demás. Podemos vivir de sueños y exigir que quienes nos rodean vivan de acuerdo con nuestro ideal (ver Bonhoeffer). El cuarto grado de humildad nos libera para poder ver todo el pecado alrededor; el quinto grado nos ayuda a reconocer el pecado personal, y esto va de la mano con la confesión de la misericordia divina.

Nuevamente encontramos el vocabulario del pecado en el duodécimo grado y en el epílogo del capítulo. Podemos notar aquí una profundización en relación con el quinto grado. Allí hablamos de “mi pecado” y “mi injusticia”, y al final decimos “yo soy un pecador”. Mis ojos y mi corazón están conscientes de este hecho de ser un pecador y aceptan esa realidad. Una vez más podemos recordar las palabras de Bonhoeffer: “La hora de la desilusión será la hora de la sanación, porque habremos aprendido que nunca podemos vivir por nuestras propias palabras y hechos, sino únicamente por el perdón de nuestros pecados en Jesucristo”. El epílogo del capítulo (*RB* 7, 68) nos lleva inmediatamente al amor divino, en el cual hacemos todo sin esfuerzo, o sea, en forma natural, por amor a Cristo y en el gozo de la virtud. La misma persona que hace un momento se confesaba pecadora, ahora está “limpia de vicios y pecados” (*RB* 7,70). ¡Esta sí es la vida vivida en y por la gracia!

Volviendo al tema, podemos afirmar lo siguiente:

- quienes entran a la comunidad y forman parte de ella son personas pecadoras;
- todos los miembros de la comunidad necesitan conversión;
- sin embargo, una y otra vez vuelven a caer en el pecado;
- somos una comunidad de pecadores; cada hermano sufre por eso;
- por lo general, vemos con mayor claridad los pecados ajenos;
- sin embargo esos pecados ajenos nos sirven de espejo;
- un signo de madurez y progreso espiritual consiste en poder reconocer el mal que hay en mí;
- y reconocer que cada uno depende de la misericordia y compasión divina;
- si me confieso como pecador desde el fondo de mi ser,
- le dejo las manos libres a Dios para actuar amorosamente y lograr la transformación en mi vida.
- Vivir en su gracia me llena de gozo y amor.

Las dos *Reglas* señalan el camino espiritual de la humildad.

### 3. Orientaciones espirituales

3.1 No pierden su actualidad las admoniciones de evitar el mal, reparar el daño que hayamos hecho y mejorar, partiendo de la aceptación de la realidad, aun cuando sea una realidad pecaminosa y miserable.

Benito habla del esfuerzo, de la penitencia y la conversión. No hay que escatimar el esfuerzo personal, que siempre está sostenido por la gracia. Hay que evitar y conquistar el mal y luchar en contra de las tentaciones; por otro lado, nos toca practicar el bien, cultivar las virtudes y realizar las posibilidades positivas que hay en cada uno.

En los primeros capítulos de la *Regla*, hasta el capítulo 7, se enfatiza la separación del mal; pero en la segunda parte se subrayan las acciones positivas. El capítulo 72, que forma el corazón y la dimensión más profunda de la *Regla*, nos recuerda que es el buen celo lo que nos separa del mal (*RB* 72,2). No se trata de separarnos primero de todo mal y luego esperar que florezca el buen celo. No, la

práctica concreta del amor tiene como consecuencia la desaparición gradual del mal. Esta afirmación indica una evolución dentro de la *Regla*.

3.2 Habiendo dicho eso, también es cierto que tenemos que bucear hasta el fondo de nuestro propio pecado y aceptar el hecho de que somos miserables. ¡Para reconciliarnos con nuestro propio *humus* y reconocer que la salvación no viene de nosotros! Esto va de la mano con las experiencias de la gracia, la bondad y la misericordia divina; no excluye los esfuerzos por mejorar y corregirnos. Siempre existe la posibilidad de comenzar de nuevo (*RB* 73,1,8).

3.3 En las dos Reglas se enfatiza que hay que pedir la ayuda divina. La *Regla de Benito* ha tomado la jaculatoria de Casiano<sup>12</sup>: “*Oh Dios ven en mi ayuda, Señor, date prisa en socorrerme*”. Casiodoro dice que esta oración era tan apreciada en el siglo VI en Italia, que los monjes no comenzaban ninguna actividad sin repetirla tres veces. Benito la pone al principio de las Horas de la Liturgia durante el día y de los servicios semanales (*RB* 17,3; 18,1; 35,17). Sirve también como una fórmula para orar sin cesar, ya que pide continuamente la ayuda divina, al sabernos dependientes de ella, a la vez que expresa nuestra confianza en Dios (ver *RB* 68,5).

3.4 De esta manera somos libres para vivir realmente en la gracia divina que actúa realizando su salvación y compasión en nuestras vidas. Pensemos en la cita de Pablo en el *Prólogo* 31, (*1 Co* 15,10): “*Por la gracia de Dios soy lo que soy*”; y Pablo agrega, “*y su gracia no fue estéril en mí*”. En su *Regla*, Benito es más radical que el Maestro respecto de la gracia. Todo lo bueno que veo en mí, lo atribuyo a la gracia divina (*RB* 4,42). No habla de más o menos, como hace el Maestro. También en el *Prólogo* 30 se expresa Benito de forma muy radical cuando afirma que damos gloria a Dios, quien opera en nosotros. Y, la verdad, Dios trabaja con instrumentos muy pobres. El don que cada persona tiene es un don divino (*Prol* 6 y *RB* 40,1). Por eso Benito inserta al final del *Prólogo*, que “con nuestro corazón dilatado, corremos con inefable dulzura de caridad por el camino de los mandamientos de Dios” (*RB, Prol* 49).

Vivir por la gracia divina es vivir con gozo y gratitud, reconociendo una y otra vez las acciones de Dios que anticipan en su bondad todo lo que hagamos. Vamos descubriendo que toda la realidad se vuelve don. Es asombroso que la

*Regla de Benito* nos permita vislumbrar esta luz maravillosa, pues por lo general no es propio del género literario de las *Reglas* transmitir tales destellos.

### **En síntesis:**

- Formamos una comunidad de personas pecadoras que viven por la gracia.
- La base de la transformación consiste en ver y aceptar nuestra realidad pecadora.
- Que nos brinda la oportunidad de experimentar la compasión y misericordia divinas.
- Profundizamos nuestra relación con Cristo, el buen Pastor que vino para los pecadores.
- La dependencia de la gracia divina se vive como confianza, gratitud y gozo.
- En la vida cotidiana no debemos desesperarnos en las situaciones difíciles, sino reconocer y aceptar cada situación espinosa como una oportunidad para seguir a Cristo.
- Podemos confiar en Dios en todas las circunstancias, aun en situaciones de muerte.

*Benedettine Missionarie  
Via dei Bevilacqua, 60  
00165 Roma. Italia*